



EL CUENTO DE LA LECHERA.—... y solicitaré un crédito; me lo concederán al 12 por 100; yo lo prestaré al 20 por 100. Con lo que saque convenceré a alguien para que me dé un crédito mayor todavía; me lo darán al 12 por 100...



—¿Puedes soplarne? Creo que se me ha metido un rumor en el ojo.



—Es una pena que la idea no sea demasiado original. Este mismo tema, por ejemplo, lo voy a escribir yo mañana sin ir más lejos.



LA juventud es un vicio, una regresión de las gentes adultas que en los países más desarrollados moralmente se castiga con azotes y seleccionleches. Algunas gentes, al llegar a la edad de reflexión y de la faja, por culpa de las malas lecturas y peores reflexiones, vuelven a estados primitivos de su desarrollo y se dejan crecer los pelos de la cara y leen impunemente a Lenin, cuyas obras ya se editan —también impunemente— en nuestro país.

La juventud inclina a quienes temporalmente la poseen a la revuelta social y sexual. No es difícil ver a tales enfermos, en las noches de luna llena, descuidando el tiempo que deben dedicar a la oración y a la obediencia en general, estudiar anatomía al aire libre con otros jóvenes del sexo contrario, en vez de hacerlo con cuerpos muertos y disecados que rechazan porque dicen que les recuerdan a sus superiores.

La juventud es afortunadamente una enfer-



## LA JUVENTUD

medad que una vez padecida apenas suele repetirse en el mismo paciente. Lo mejor para conservar la juventud en su estado latente —puesto que durante muchos años es incurable—, son las duchas frías y el bromuro en lo tocante al cuerpo y la lectura de la prensa diaria en lo tocante al alma. En lo tocante a lo tocante, lo mejor es no meneallo aunque casi siempre este consejo es inútil.

Una vez pasado el proceso agudo de la infección, los jóvenes vuelven a su estado de madurez y equilibrio que consiste en comprender que

un seiscientos es mejor que una bofetada y un despacho con aire acondicionado mejor que una reunión clandestina. Cuando el antiguo enfermo de juventud llega a poseer una parcela con chalet puede decirse que la enfermedad ha desaparecido. El ex enfermo entonces goza de la plenitud de la vida y conoce la felicidad de distinguir dos marcas de whisky y tres de tónicas, de tener amigos que asisten a cenas políticas y descubrir que su legítima esposa no tiene nada que envidiar a las golfas que se desmelenan debajo de un affiche del Che Guevara.

En ese momento, el hombre sano, consciente de su nueva situación de salud y equilibrio, debe empezar a inocular a sus hijos los anticuerpos necesarios para que el día de mañana sufran sólo benignamente estos procesos febriles y románticos que al parecer, por ahora, son inevitables en ciertos años de nuestra vida.

GENOVEVO DE LA O